

El señor Laffitte, jefe del partido orleanista, no llegó hasta la noche del 27 al 28. Inmediatamente después de su llegada, se dirigió al palacio real, donde no encontró a nadie; envió un recado a Neuilly, y tampoco estaba allí el rey en embrión.

En casa del señor de Puyravault discutieron el proyecto de una protesta contra las ordenanzas. Esta protesta, más que moderada, dejaba intactas las grandes cuestiones.

El señor Casimiro Perier propuso que se enviara una comisión al duque de Ragusa, y mientras que los cinco diputados nombrados para desempeñarla se disponían a partir, el señor Arago estaba en casa del mariscal, pues en vista de un billete de la señora de Boigne, se había decidido a adelantarse a los comisionados. El señor Arago hizo presente al mariscal la necesidad de poner un término a las desgracias de la capital. El señor de Ragusa fué a pedir instrucciones al señor de Polignac, quien, sabedor de la vacilación de las tropas, declaró que, si se pasaban al pueblo, se les haría fuego como a los insurrectos. El general Tromelin, que presenció estas conferencias, se manifestó furioso contra el general Ambrugeac. En esto llegó la diputación. El señor Laffitte tomó la palabra: «Venimos a pedir — dijo — que hagáis cesar la efusión de sangre. Si el combate se prolongara, no sólo produciría las más crueles calamidades, sino una verdadera revolución.» El mariscal se aferró a una cuestión de honor militar, sosteniendo que el pueblo debía ser el primero que dejase de hacer fuego; sin embargo, añadió esta posdata a una carta que escribió al rey: «Creo que es urgente que V. M. se aproveche sin vacilar de las proposiciones que se le hacen.»

La carta fué entregada al rey en su gabinete de Saint-Cloud por el coronel Kómierowski, ayudante de campo del duque de Ragusa, y el monarca contestó: «Ya la leeré.» El coronel se retiró, y esperó las órdenes del rey; mas, viendo que tardaban, rogó al duque de Duras que fuera a pedirselas a S. M. El duque respondió que las leyes de la etiqueta le prohibían entrar en el gabinete. Llamado, al fin, el señor Kómierowski por el soberano, recibió encargo de prevenir al general que se *mantuviese firme*.

El general Vincent corrió por su parte a Saint-Cloud, y, habiendo forzado la puerta que se negaban a abrirle, dijo al

monarca que todo estaba perdido: «Querido general — respondió Carlos X —, es usted un buen militar, pero no entiende nada de esta clase de asuntos.»

CONTINUACIÓN DE LA REVOLUCIÓN DE JULIO. — EL SEÑOR BAUDE. — SEÑORES DE CHOISEUL, DE SEMONVILLE, DE VITROLLES, DE LAFFITTE Y THIERS. — ESCRIBO AL REY A SAINT-CLOUD. — SU RESPUESTA VERBAL. — CORPORACIONES ARISTOCRÁTICAS. — SAQUEO DE LA CASA DE MISIONEROS. — CÁMARA DE LOS DIPUTADOS. — EL SEÑOR DE MORTEMART.

Jornada militar del día 29.

El 29 vió aumentarse el número de combatientes. Los alumnos de la Escuela politecnica, en correspondencia con uno de sus antiguos camaradas, el señor Charras, forzaron la consigna y enviaron a cuatro de ellos, señores Lothon, Berthelin, Pinsonnière y Tourneux, a ofrecer sus servicios a los señores Laffitte, Perier y La Fayette. Estos jóvenes, distinguidos por sus estudios, se habían dado ya a conocer a los aliados cuando en 1814 se presentaron delante de París. Durante los tres días se hicieron jefes del pueblo, quien los puso a su cabeza. Los unos se encaminaron entonces a la plaza del Odeón, los otros al palacio real y a las Tullerías.

La orden del día publicada por la mañana ofendió a la guardia; en ella se anunciaba que el monarca, queriendo manifestar su satisfacción a sus valientes servidores, les concedía mes y medio de paga; anuncio cuya inconveniencia molestó al soldado francés, porque equivalía a equipararlos con los ingleses, que no marchan al combate, o se insurreccionan, si no han percibido su paga.

En la noche del 28 al 29 el pueblo desempedró las calles, y, al amanecer, había en París cuatro mil barricadas construidas de veinte en veinte pasos.

El palacio Borbón estaba guardado por tropa de línea; el Louvre, por dos batallones suizos; la calle de la Paz, la plaza Vendôme y la calle Castiglione, por el 5.º y el 53 de línea. De Saint-Denis, de Versailles y de Rueil habían llegado unos mil doscientos infantes, sobre poco más o menos.

La posición militar era mejor que el día antes: las tropas estaban más concentradas, y era necesario atravesar gran-

des espacios descubiertos para llegar hasta ellas. El general Exelmans, que juzgó acertadas estas disposiciones, fué a las once a poner su valor y su experiencia a las órdenes del mariscal de Ragusa, mientras que el general Pajol se presentaba a los diputados para tomar el mando de la guardia nacional.

Los ministros tuvieron la idea de llamar a la corte a las Tullerías. ¡Tan mal comprendían las circunstancias! El mariscal instaba al presidente del consejo para que retirara las ordenanzas. Durante esta conferencia preguntaron por el señor de Polignac; sale de la habitación, y vuelve a entrar en ella con el señor Berthier, hijo de la primera víctima sacrificada en 1789. El señor Berthier había recorrido París, y afirmó que todo iba muy bien para la causa real. Estas razas, que tienen derecho a la venganza, arrojadas a la tumba en nuestras primeras turbulencias, y evocadas por nuestras últimas desgracias, son una fatalidad. Tales desgracias no eran nuevas; París estaba acostumbrado, desde 1793, a ver pasar los sucesos y los reyes.

Mientras que, según los informes de los realistas, todo marchaba tan bien, se anuncia la deserción del 5.º y del 53 de línea, que fraternizaban con el pueblo.

El duque de Ragusa hizo proponer una suspensión de hostilidades; en algunos sitios tuvo lugar, en efecto; pero en otros no fué ejecutada. El mariscal había hecho llamar a uno de los dos batallones suizos estacionados en el Louvre, y se le envió el que guardaba la columnata. Al verla desierta, los parisienses se aproximaron a los muros, y entraron por las puertas falsas que conducen del jardín de la Infanta al interior; desde las ventanas hicieron fuego sobre el otro batallón situado en el patio. Bajo la impresión del terror que les causara el recuerdo del 10 de agosto, se lanzaron fuera del palacio, yendo a reunirse con su tercer batallón, que se hallaba frente a los puestos del pueblo donde se observaba la suspensión de hostilidades. El pueblo, que, desde el Louvre, se había hecho dueño de la galería del Museo, empezó a hacer fuego, en medio de las obras maestras de las artes, contra los lanceros alineados en el Carrousel. Excitados por este ejemplo, los insurrectos rompieron el armisticio. Precipitándose bajo el Arco de Triunfo, los suizos impelen a los lanceros hacia el pórtico del pabellón del Reloj, desembocando en tropel en el jar-

dín de las Tullerías. El joven Farcy fué herido mortalmente en esta calaverada; su nombre está inscrito al lado del café donde cayó exánime. Hoy existe una fábrica de azúcar de remolacha en las Termópilas. Los suizos tuvieron tres o cuatro heridos y muertos, y este pequeño número se ha convertido en una horrible carnicería.

El pueblo entró en las Tullerías con los señores Thomas, Bastide y Guinard, por el postigo del Puente Real. En el pabellón del Reloj se enarboló una bandera tricolor, como en tiempo de Bonaparte, aparentemente en memoria de la libertad. Destrozaron los muebles; los cuadros fueron rotos a sablazos; en los armarios se halló el diario de las cazas del rey y de los buenos tiros disparados contra las perdices: antigua costumbre de los monteros de las monarquías. En el gran salón colocaron un cadáver sobre el trono vacío; esto sería terrible si los franceses no representaran continuamente el drama. El museo de artillería en Santo Tomás de Aquino fué saqueado, y las corrientes del río arrastraron los siglos con el casco de Godofredo de Bouillon y la lanza de Francisco I.

El duque de Ragusa abandonó entonces el cuartel general, dejando en él ciento veinte mil francos en talegas. Salió por la calle de Rivoli y volvió a entrar en el jardín de las Tullerías. También dió orden a las tropas para que se retiraran, primero a los Campos Elíseos, avanzando después hasta el arco de la Estrella. Se creyó generalmente que la paz estaba ajustada y que llegaba el Delfín; se vieron algunos carruajes y furgones de las caballerizas reales atravesar la plaza de Luis XV: eran los ministros que se marchaban después de sus buenas obras.

Jornada civil del día 29.

El señor duque de Mortemart llegó a Saint-Cloud el miércoles 28 a las diez de la noche, para desempeñar su servicio como capitán de cien suizos; pero hasta el día siguiente no pudo hablar con el monarca. A las once de la mañana del 29 hizo algunas tentativas para que el rey retirara las ordenanzas, a las que éste respondió: «Yo no quiero subir en carreta como mi hermano; no quiero, por lo tanto, retroceder ni un paso.» Algunos minutos después debía retroceder toda la extensión de un reino.

Los ministros llegaron también. Los señores de Semonville, de Argout y Vitrolles se hallaban allí. El señor de Semonville cuenta que tuvo una larga conferencia con el soberano, y que no consiguió alterar su resolución sino después de haber tocado a su corazón, hablándole de los peligros de la Delfina. Le dijo: «Mañana a mediodía no habrá ya ni rey, ni Delfín, ni duque de Burdeos.» Y el rey le contestó: «Dadme una hora de término para pensarlo.» Yo no creo ni una palabra de todo esto. La charlatanería es nuestro principal defecto: preguntad a un francés, y confiad en sus palabras; no habrá nada que no haya hecho o que no sea capaz de hacer. Los ministros entraron en el cuarto del monarca, después del señor de Semonville; las ordenanzas fueron retiradas, el ministerio disuelto, y el señor de Mortemart nombrado presidente del nuevo gabinete.

En París el partido republicano había al fin descubierto un asilo. El señor Baude había corrido las calles y hallado el Hôtel-de-Ville ocupado sólo por dos hombres, señores Dubourg y Zimmer. En cuanto observó esto dijo que era el comisionado de un *gobierno provisional* que iba a ir a instalarse allí. Hizo llamar a los empleados de la prefectura, ordenándoles trabajos como si estuviese presente el señor Chabrol. En los gobiernos convertidos en máquinas, las pesas se suben muy pronto: todos se dirigen a ocupar los puestos abandonados; quién se hace secretario general, quién jefe de división, quién se confiere a sí mismo la contabilidad, quién se nombra para elegir el personal y distribuye los cargos entre sus amigos. En esta ocasión hubo quien se hizo llevar la cama al Hôtel de Ville, a fin de no desamparar su puesto, y de estar en aptitud de saltar al que quedara vacante. El señor Dubourg, llamado el general, y el señor Zimmer, se consideraban como los jefes de la parte *militar del gobierno provisional*. El señor Baude, representante *civil* de este gobierno desconocido, adoptó algunas disposiciones y publicó proclamas. Al mismo tiempo se habían publicado y fijado otras disposiciones por el partido republicano, creando otro gobierno, compuesto de los señores de La Fayette, Gerard y Choiseul. No se explica la asociación de este último nombre con los otros; también el señor de Choiseul ha protestado contra ella. Este viejo liberal, que,

por parecer vivo, se mantenía tan tieso como un muerto, emigrado y naufrago en Calais, al volver a Francia no halló otro hogar que un palco en el teatro de la Opera.

A las tres de la tarde aumentó la confusión. Una orden del día convocó al Hôtel de Ville a los diputados reunidos en París, para acordar las medidas que se debían tomar. Los alcaldes debían permanecer en sus distritos; pero enviando uno de sus tenientes al Hôtel de Ville, a fin de formar parte de una *comisión consultiva*. Esta orden del día estaba firmada así: *J. Baude, por el gobierno provisional, y el coronel Zimmer, por orden del general Dubourg*. Esta audacia de tres personas que hablan en nombre de un gobierno que no existía más que fijado por ellos en las esquinas, prueba la rara inteligencia de los franceses cuando están en revolución: tales hombres han nacido evidentemente para dirigir a los demás pueblos. ¡Qué desgracia que al libramos Bonaparte de la anarquía nos arrebatara también la libertad!

Los diputados se habían reunido en casa del señor Laffitte. El señor de La Fayette, creyéndose vuelto al año de 1789, dijo que volvía a tomar también el mando de la guardia nacional. Le aplaudieron, y en seguida se dirigió al Hôtel de Ville. Los diputados nombraron una comisión municipal, compuesta de cinco miembros: señores Casimiro Perrier, Laffitte, de Lobau, de Schonen y Audry de Puyravault. El señor Odilon Barrot fué nombrado secretario de ella, instalándose en el Hôtel de Ville, como el señor de La Fayette. Todo esto existió confundido con el gobierno provisional del señor Dubourg. El señor Mauguin, enviado cerca de la *comisión*, permaneció allí. El amigo de Washington hizo quitar la bandera negra enarbolada sobre el Hôtel de Ville por orden del señor Dubourg.

A las ocho y media de la noche llegaron de Saint-Cloud el señor de Semonville, el señor de Argout y el señor de Vitrolles. Cuando supieron en Saint-Cloud la retirada de los antiguos ministros y el nombramiento del señor de Mortemart para la presidencia del consejo, se pusieron en camino para París. A su llegada se presentaron a la comisión municipal en calidad de mandatarios del rey. El señor Mauguin preguntó al guardasellos si tenía poderes escritos, res-

pondiendo éste que no había pensado en ello. En su consecuencia, terminó aquí su negociación.

Sabedora la reunión Laffitte de lo ocurrido en Saint-Cloud, el señor Laffitte firmó un salvoconducto para el señor de Mortemart, diciéndole que los diputados reunidos en su casa le esperarían hasta la una. Pero, no habiendo llegado a esta hora el noble duque, los diputados se marcharon.

El señor Laffitte se quedó solo con el señor Thiers, y ambos se ocuparon entonces del duque de Orleans y de las proclamas que debían publicar. Medio siglo de revoluciones habían dado a los hombres prácticos una gran facilidad para reorganizar toda clase de gobiernos, y a los hombres teóricos la costumbre de recomponer las cartas y preparar las máquinas y las palancas con que se derriban o se levantan estos mismos gobiernos.

La jornada del 29, al día siguiente de mi vuelta, no estuvo para mí exenta de ocupaciones. Mi plan estaba trazado. Deseaba obrar; pero no quería hacerlo sino en virtud de una orden autógrafa del rey, en la que me confiriere los poderes necesarios para hablar a las autoridades del momento; pues mezclarme en todo y no hacer nada, no me convenía de ninguna manera. Yo había juzgado con exactitud; testigo la afrenta sufrida por los señores de Argout, Semonville y Vitrolles.

Por lo tanto, escribí a Carlos X a Saint-Cloud. El señor de Givré se encargó de llevar mi carta. En ella rogaba al rey que me manifestara cuál era su voluntad; pero el señor de Givré volvió con las manos vacías. Había entregado mi carta al conde de Duras, quien, a su vez, la había pasado al rey. S. M. me respondía verbalmente que había nombrado al señor de Mortemart su primer ministro, y me invitaba a entenderme con él. Pero, ¿dónde encontrar al noble duque? En vano le busqué el 29 por la noche.

Rechazado por Carlos X, mi pensamiento se dirigió hacia la Cámara de los Pares, la cual, en su calidad de tribunal supremo, podía revocar el proceso y dirimir la contienda. Si no se creía segura en París podía ir a cierta distancia, a la corte misma del rey, y pronunciar allí un gran arbitraje, teniendo probabilidades de triunfo, porque siempre las tiene el

valor. Y, sobre todo, aunque sucumbiera, habría sucumbido en una derrota útil a los principios. Pero, ¿habría yo hallado en esta Cámara veinte hombres dispuestos a sacrificarse en favor del monarca? De estos veinte hombres, ¿habría habido cuatro que estuviesen de acuerdo sobre las libertades públicas?

Las asambleas aristocráticas reinan gloriosamente cuando son soberanas y se encuentran investidas exclusivamente del poder de hecho y de derecho. Entonces ofrecen las mayores garantías. Pero en los gobiernos mixtos pierden su valor, apareciendo miserables en las grandes crisis. Débiles contra el rey, no impiden el despotismo; débiles contra el pueblo, no evitan la anarquía. En las conmociones populares no rescatan su existencia sino al precio de su perjurio o de su esclavitud. ¿Salvó a Carlos I la Cámara de los Lores? ¿Salvó a Ricardo Cromwell, a quien había prestado juramento? ¿Salvó a Jacobo? ¿Podrá salvar hoy a los príncipes de Hannover? ¿Se salvará ella misma? Estos imaginarios contrapesos aristocráticos sólo sirven para estorbar en la balanza, y tarde o temprano serán arrojados del platillo. Una aristocracia antigua y opulenta, habituada a los negocios, no tiene más que un medio de retener el poder cuando se le escapa de las manos. Este medio es pasar del Capitolio al Forum, colocándose a la cabeza del nuevo movimiento, a menos que no se crea bastante fuerte para arriesgar la guerra civil.

Durante el mensaje del señor Givré estuve bastante ocupado en la defensa de mi barrio. Los habitantes de las afueras de París y los canteros de Montrouge llegaban a él por la barrera del Infierno. Los últimos se parecían a los canteros de Montmartre, que causaron tan gran susto a la señorita de Mornay cuando huía de las matanzas de San Bartolomé. Al pasar por delante de la comunidad de misioneros, establecida en mi calle, penetraron en ella. Unos veinte sacerdotes que había allí se vieron obligados a salvarse apelando a la fuga; la comida de estos religiosos fué saqueada filosóficamente, y sus camas y sus libros quemados en las calles. Nada se ha dicho sobre este miserable incidente. Yo di hospitalidad a siete u ocho fugitivos, los cuales permanecieron ocultos en mi casa durante muchos días. Después obtuve pasaportes para ellos por medio de mi vecino, el señor Arago, y fueron a otra

de escribir, confirma mi relato. «Un hombre — dice — de mediana estatura, de rostro enérgico, con uniforme de general y seguido de un crecido número de hombres armados, atravesaba el mercado de los Inocentes. En casa del señor Evaristo Dumoulin, redactor de *El Constitucional*, era donde aquel militar se había provisto del uniforme, comprado en una prendería, y de las charreteras, que le fueron proporcionadas por el actor Perlet, y que procedían del guardarropa de la Opera Cómica. «¿Qué general es ése?», preguntaban por todas partes. Y cuando los que le rodeaban dijeron: «Es el general Dubourg», el pueblo, que jamás había oído este nombre, gritaba: «¡Viva el general Dubourg!»

A algunos pasos de allí me esperaba otro espectáculo: habían abierto una fosa ante la columnata del Louvre, y un sacerdote con sobrepelliz y estola recitaba oraciones a orillas de esta gran tumba, en la que se depositaba a los muertos. Me descubrí e hice la señal de la cruz. La multitud silenciosa miraba con respeto esta ceremonia, que no hubiera sido nada si la religión no hubiera asistido a ella. Tantos recuerdos y reflexiones se agolpaban a mi imaginación, que quedé en una completa inmovilidad. De pronto me sentí empujado, y oí un grito: «¡Viva el defensor de la libertad de imprenta! Mis cabellos me habían hecho reconocer. En seguida me rodean los jóvenes y me dicen: «¿Dónde va? Vamos a conducirle adondequiera que vaya.» No sabía qué responder; daba gracias por este ofrecimiento; intentaba separarme de los grupos, y suplicaba que me dejaran continuar mi camino. No era aún la hora señalada para la reunión de la Cámara de los Pares. Los jóvenes no cesaban de gritar: «¿Dónde va? ¿Dónde va?» Contesté sin saber lo que decía: «¡Pues bien, al palacio real!» Al instante soy conducido a él, a los gritos de: «¡viva la Carta! ¡viva la libertad de imprenta! ¡viva Chateaubriand!» En el patio de las fuentes, el señor Barba, el librero, salió de su casa, y vino a abrazarme.

Llegamos al palacio real, y me hacen entrar en un café bajo la galería de madera. Me moría de calor. Con las manos cruzadas reitero mi petición para que se me evite la gloria que quieren darme; pero es inútil, porque la juventud se niega a dejarme. Había entre la multitud un hombre de chaqueta, de manos negras, de rostro siniestro y ojos ardientes,

tales como yo había visto tantos al principio de la Revolución, que intentaba a cada paso aproximarse a mí; pero los jóvenes le rechazaban siempre. No he podido saber ni su nombre ni lo que pretendía.

Fué necesario, en fin, resolverme a decir que iba a la Cámara de los Pares: salimos del café, y comenzaron nuevamente las aclamaciones. En el patio del Louvre se oyeron diversos gritos; unos decían: «¡A las Tullerías, a las Tullerías!» Otros: «¡Viva el primer cónsul!» Y parecían querer nombrarme heredero de Bonaparte republicano. Jacinto, que me acompañaba, recibía su correspondiente parte de manotones y de abrazos. Atravesamos el puente de las Artes, siguiendo la calle del Sena. De todas partes corrían a nuestro encuentro; por todas partes se asomaban a las ventanas. Tantos honores me hacían sufrir, porque todos me querían llevar a su lado y parecían quererme arrancar los brazos. Uno de los jóvenes que me empujaban por detrás pasó de pronto su cabeza por entre mis piernas, levantándose sobre sus hombros. Hubo nuevas aclamaciones a mi nombre, y se gritó a los espectadores de la calle y de las ventanas: «¡Abajo los sombreros! ¡viva la Carta! Yo contestaba: «Sí, señores; ¡viva la Carta!, pero, ¡viva también el rey!» No se repetía este grito, pero no provocaba ninguna cólera. Y ved aquí cómo todavía no estaba perdida la partida, según habían dicho torpes consejeros u hombres sin fe. Todo se podía arreglar aún; pero era necesario no presentar al pueblo más que hombres populares; en las revoluciones, un nombre hace más que un ejército.

Tanto rogué a mis jóvenes amigos, que al fin me pusieron en tierra. En la calle del Sena, frente a mi librero, el señor Lenormant, un tapicero ofreció un sillón para llevarme: lo rehusé, y llegué en medio de mi triunfante comitiva al pórtico del Luxemburgo. Mi generosa escolta me dejó entonces, después de haber gritado nuevamente: «¡viva la Carta! ¡viva Chateaubriand!» Los sentimientos de esta noble juventud me conmovieron; yo había gritado ante ella «¡viva el rey!» con tanta seguridad como si me hubiese hallado solo encerrado en mi casa. Ella conocía mis opiniones; ella misma me conducía a la Cámara de los Pares, donde sabía que iba a hablar en favor de mi rey, al que quería permanecer fiel; esto era el 30 de julio, y acabábamos de pa-

sar al lado de la fosa donde se sepultaba a los ciudadanos muertos por las balas de los soldados de Carlos X.

El ruido que yo dejaba fuera contrastaba con el silencio que reinaba en el vestíbulo del palacio de Luxemburgo. Este silencio era todavía mayor en la obscura galería que precede a los salones del señor de Semonville. Mi presencia desconcertó a los veinticinco o treinta pares que se encontraban reunidos, porque yo impedía las dulces efusiones del miedo, la tierna consternación a que se hallaban entregados. Aquí vi, al fin, al señor de Mortemart. Le dije que, conforme a los deseos del rey, deseaba entenderme con él, contestándome, como ya he dicho, que en su viaje se había desollado un talón, y se internó en la asamblea. Nos dió conocimiento de las ordenanzas, y cómo las había comunicado a los diputados por medio del señor de Sussy. El señor de Broglie declaró que acababa de reconocer París; que estábamos sobre un volcán; que los ciudadanos no podían ya contener a sus obreros, y que si llegaba a pronunciarse tan sólo el nombre de Carlos X, se nos cortaría a todos la cabeza y se demolería el Luxemburgo, como se había demolido la Bastilla. «Es cierto, es cierto», decían con voz sorda los prudentes, meneando la cabeza. El señor de Caraman, que se había hecho duque, al parecer, porque había sido criado del señor de Metternich, sostenía acaloradamente que no podían ser reconocidas las ordenanzas. «¿Por qué?», le dije yo; y esta simple y fría pregunta agotó su vena.

En esto llegaron los cinco comisionados de los diputados. Sebastiani comenzó con su frase acostumbrada: «Señores, es éste un gravísimo asunto.» En seguida hizo un elogio de la gran moderación del duque de Mortemart; habló de los peligros de París; pronunció algunas palabras en alabanza de S. A. R. monseñor el duque de Orleans, concluyendo con que era imposible ocuparse de las ordenanzas. El señor Hyde de Neuville y yo fuimos los únicos de parecer contrario. Yo obtuve la palabra: «El duque de Broglie nos ha dicho, señores, que ha reconocido las calles viendo por todas partes disposiciones hostiles. Yo vengo también de reconocer París, y tres mil jóvenes me han traído al vestíbulo de este palacio: habéis podido escuchar sus gritos. ¿Tienen sed de sangre los que acla-

man así a uno de vuestros colegas? Ellos han gritado ¡viva la Carta!, y yo les he contestado ¡viva el rey! No por eso han manifestado ningún sentimiento, y han venido a dejarme sano y salvo en medio de vosotros. Estos síntomas de la opinión pública, ¿son tan amenazadores? Yo sostengo que no está todo perdido, y que podemos aceptar las ordenanzas. No se trata de considerar si hay peligro o no, sino de guardar los juramentos que hemos prestado al monarca, a ese rey a quien debemos nuestras dignidades, y muchos de entre nosotros su fortuna. S. M., retirando las ordenanzas y cambiando el ministerio, ha cumplido su deber; cumplamos ahora el nuestro. ¡Cómo! ¿En todo el curso de nuestra vida se presenta un solo día en que nos vemos obligados a presentarnos en el campo de batalla, y no vamos a aceptar el combate? Demos a Francia un ejemplo de honor y de lealtad; impidámosla que caiga en maquinaciones anárquicas, donde su paz, sus intereses verdaderos y su libertad irían a perderse. El peligro se desvanece cuando se le mira de frente.»

No me contestaron; pero se apresuró el fin de la sesión. Había en esta asamblea, en la que dominaba el miedo, una impaciencia de perjurio; cada uno quería salvar su vida, como si no hubiera de llegar mañana el tiempo de arrancarnos nuestras viejas pieles, por las que un judío predictor no habría dado un óbolo.

Los tres partidos empezaban a pronunciarse y a obrar los unos contra los otros: los diputados que querían la monarquía para la rama primogénita eran los más fuertes legalmente, puesto que reunían en torno suyo todo lo que tendía al orden; pero moralmente eran los más débiles, vacilaban, y no se pronunciaban abiertamente: era evidente que por la tergiversación de la corte, pasarían a la usurpación más bien que verse absorbidos por la República.

Los partidarios de ésta hicieron fijar carteles que decían: «Francia es libre. Ella no concede al gobierno provisional más que el derecho de consultarla, aguardando a que exprese su voluntad en unas nuevas elecciones. No más reyes. El poder ejecutivo confiado a un presidente temporal. Concurso mediato e inmediato de todos los ciudadanos en la elección de diputados. Libertad de cultos.»

En otro cartel republicano del mismo día se leía en letras gordas: «No más

Borbones... Todo estriba en esto: la grandeza, el reposo, la prosperidad pública, la libertad de Francia.»

En una reunión popular se proponía confiar por aclamación la presidencia de la República al señor de La Fayette, apoyándose en los principios que la Cámara de Diputados de 1815 proclamó al disolverse. Varios impresores se negaron a publicar estas proclamas, diciendo que les estaba prohibido por el señor de Broglie. La República derribaba el trono de Carlos X; pero temía las prohibiciones del señor de Broglie, a pesar de no tener ningún poder.

Ya dije que en la noche del 29 al 30 el señor Laffitte, con los señores Thiers y Mignet, lo habían preparado todo para fijar la atención pública sobre el duque de Orleans. El 30 aparecieron proclamas y peticiones, producto de este conciliábulo: «Evitemos la República», se decía en ellas. Luego se conmemoraban los hechos de armas de Jemmapes y de Valmy, asegurándose que el duque de Orleans no era *Capeto*, sino *Valois*.

Entre tanto el señor Thiers, enviado por el señor Laffitte, cabalgaba hacia Neuilly con el señor Scheffer; S. A. R. no estaba allí. Hubo grandes coloquios entre la señorita de Orleans y el señor Thiers, conviniendo, al fin, en escribir al duque de Orleans para que se decidiera a adherirse a la revolución. El señor Thiers mismo escribió algunas palabras al duque de Orleans, y la señora Adelaida prometió ir a París antes que su familia. El orleanismo había hecho progresos, y aquella misma tarde los diputados trataron de conferir la lugartenencia general del reino al duque de Orleans.

El señor de Sussy fué menos bien recibido en el Hôtel de Ville con las ordenanzas de Saint-Cloud, que en la Cámara de Diputados. Provisto de un *recibo* firmado por el señor de La Fayette, marchó al encuentro del señor de Mortemart, quien exclamó: «Me ha salvado usted más que la vida; me ha salvado el honor.»

La comisión municipal redactó una proclama, declarando que *los crímenes de su poder* (de Carlos X) *habían acabado*, y que *el pueblo tendría un poder que le debería a él su origen y existencia*: frase ambigua que se podía interpretar a capricho. Los señores Laffitte y Perier no firmaron esta acta. El señor de La Fayette, alarmado, aunque demasia-

do tarde, con la idea de un reinado orleanista, envió al señor Odilon Barrot a la Cámara de Diputados a anunciar que el pueblo, autor de la revolución de julio, no la consideraba terminada por un simple cambio de personas, y que la sangre vertida bien valía algunas libertades. Se trató de que los diputados publicaran una proclama invitando al duque de Orleans a dirigirse a la capital; pero después de algunas comunicaciones con el Hôtel de Ville, este proyecto fué desechado. Entonces se acordó el nombramiento, por medio de la suerte, de una comisión de doce miembros que fuera a ofrecer al castellano de Neuilly la lugartenencia general que no había podido tener cabida en una proclama.

Por la noche, el gran canciller reunió en su casa a los pares; pero, fuera por descuido, o con intención, su carta me llegó demasiado tarde. Me apresuré a correr a la cita; me abrieron la reja de la avenida del Observatorio, atravesé el jardín de Luxemburgo, y, cuando llegué al palacio, no encontré en él a nadie. Me volví por el camino de los parterres con los ojos fijos en la luna, pensando entonces en los mares y en las montañas, donde se me había mostrado otras veces, en los bosques, en cuya cima, al ocultarse en silencio, parecía repetirme la máxima del Evangelio: «Oculta tu vida.»

El 29 por la tarde, dejé a las tropas en retirada hacia Saint-Cloud. Los ciudadanos de Chaillot y de Passy las atacaron, matando a un capitán de carabineros, dos oficiales, e hiriendo a un soldado. Le Motha, capitán de la guardia, fué herido de un tiro disparado por un mozalbeta con quien había tenido consideraciones. El capitán había pedido su retiro en el momento de publicarse las ordenanzas; pero, viendo el 27 que había combate, regresó a su cuerpo para participar de los peligros de sus camaradas. En las glorias de Francia jamás hubo en los diversos partidos un combate más hermoso entre la libertad y el honor.

Los niños intrépidos, porque ignoran el peligro, han representado un triste papel en los tres días. Amparados por su debilidad, tiraban a boca de jarro contra los oficiales, que se habrían creído deshonrados hostilizándolos. Las armas modernas ponen la muerte a disposición de la mano más débil. Monos feos y desvergonzados, libertinos precoces, crueles y perversos, estos pequeños héroes de los

tres días se entregaban a cometer asesinatos con todo el abandono de la inocencia. Guardémonos con alabanzas imprudentes de hacer que nazca la emulación del mal. Los niños de Esparta iban a la caza de ilotas.

Monseñor el Delfín recibió a los soldados en la puerta de la aldea de Boloña, en el bosque, y después entró en Saint-Cloud.

Este sitio estaba guardado por las cuatro compañías de guardias de corps. El batallón de los colegiales de Saint-Cyr había llegado también; en rivalidad y en contraste con la Escuela politecnica, había abrazado la causa real. Las tropas, extenuadas, que regresaban de un combate de tres días, en medio de sus heridas y de sus reveses no hablaban más que de la evasión de los criados nobles, titulados y bien comidos que se sentaban con el monarca. No se pensó siquiera en interrumpir las líneas telegráficas; por el camino circulaban libremente correos, viajeros, sillas de posta y diligencias con la bandera tricolor, cuya vista insurreccionaba las poblaciones del tránsito. Entonces empezó la seducción por medio del dinero y de las mujeres. Las proclamas de París se extendieron por todo el sitio real y por todas las manos. El rey y la corte no querían persuadirse todavía de que se hallaban en peligro. A fin de probar que despreciaban los gestos de algunos ciudadanos amotinados, y que no había nada de revolución, mostraban la mayor tranquilidad, y dejaban correr los sucesos. En todo esto se ve el dedo de Dios.

A la caída de la noche del 30 de julio, a la misma hora, con corta diferencia, en que salía para Neuilly la comisión de diputados, un ayudante anunció a las tropas que habían sido retiradas las ordenanzas. Los soldados gritaron: *¡viva el rey!*, y recobraron su alegría en el vivac; pero este anuncio del ayudante no había sido notificado al Delfín, quien, como muy amante de la disciplina, se había enfurecido. El rey dijo al mariscal: «El Delfín está descontento; vayan a darle explicaciones.»

El mariscal no encontró al Delfín en su casa, y le aguardó en la sala de billar con el duque de Guisa y el duque de Ventadour, ayudante de campo del príncipe. El Delfín entró; a la vista del mariscal se cubrió de carmín su rostro; atravesó la antecámara con sus largos pasos tan singulares; llegó a su salón y

dijo al mariscal: «Entre usted.» La puerta se cerró tras ellos; se produjo un gran ruido; las voces fueron cada vez más fuertes. Inquieto el duque de Ventadour, abrió la puerta, y en el mismo momento salió por ella el mariscal, perseguido por el Delfín, quien le llamó dos veces traidor. «¡Rinda usted su espada! ¡Rinda su espada!», y se arrojó sobre él, arrancándosela. El ayudante de campo del mariscal quiso precipitarse entre él y el Delfín; pero lo detuvo el señor de Montgascón; el príncipe se esforzaba por romper la espada del mariscal, hiriéndose las manos. Entonces gritó: «¡A mí, guardias de corps! ¡Que se le prenda!» Los guardias de corps corrieron, y sin un movimiento de cabeza del mariscal, sus bayonetas le habrían alcanzado el rostro. El duque de Ragusa fué arrestado en su aposento.

El rey arregló medianamente este asunto, tanto más deplorable, cuanto que los actores no inspiraban un gran interés. Cuando el hijo del *Acuchillado* mató a Saint-Pol, mariscal de la Liga, en aquella estocada se reconoció la sangre y el orgullo de los Guisa; pero aun cuando monseñor el Delfín hubiese hendido de una cuchillada al mariscal Marmont, ¿qué mérito habría habido en esto? Si el mariscal hubiera muerto a monseñor el Delfín, habría sido algo más singular.

Ved aquí en lo que se invertía en Saint-Cloud la última hora de la monarquía: esa pálida monarquía, desfigurada y sangrienta, se asemejaba al retrato que nos hace Urfé de un gran personaje expirando: «Tenía los ojos apagados y hundidos; la quijada inferior, cubierta sólo por un poco de piel, parecía haberse retirado de su sitio; la barba erizada, la tez amarilla, las miradas lentas, las mejillas hundidas. De su boca no salían ya palabras humanas, sino oráculos.»

NEUILLY. — EL SEÑOR DUQUE DE ORLEÁNS. — RAINCY. — EL PRÍNCIPE VIENE A PARÍS. — UN DIPUTADO DE LA CÁMARA ELECTIVA OFRECE AL DUQUE DE ORLEÁNS LA LUGARTENENCIA GENERAL DEL REINO. — LA ACEPTA. — ESFUERZOS DE LOS REPUBLICANOS. — EL DUQUE DE ORLEÁNS VA AL HOTEL DE VILLE. — LOS REPUBLICANOS EN EL PALACIO REAL.

El duque de Orleans había sentido por el trono toda su vida esa inclinación que toda alma bien nacida siente hacia el

poder. Esa inclinación se modifica según los caracteres: impetuoso y anhelante, muelle y rastreador o imprudente; franco y declarado en unos; circunspecto, reservado, vergonzoso y bajo en otros; el uno, por elevarse, puede llegar a todos los crímenes; el otro, por subir, puede descender a todas las bajezas. El duque de Orleans pertenecía a esta última clase de ambiciosos. Seguid a este príncipe, y veréis que no dice ni hace jamás nada completo, dejando siempre una puerta abierta por donde escaparse. Durante la Restauración adula a la corte y anima a los liberales: Neuilly es el asilo de los descontentos. Se suspira, se aprieta la mano elevando los ojos al cielo, pero no se pronuncia una palabra bastante significativa que pueda ser contada en altos lugares. Al morir un miembro de la oposición, se envía a su entierro un carruaje; pero este carruaje está vacío, y la librea es admitida en todas las puertas y en todos los entierros. Si en la época de mi desgracia con la corte me encuentra el duque de Orleans, a su paso, en las Tullerías, tiene buen cuidado de saludar a la derecha; de manera, que estando yo a la izquierda, no vuelve la espalda. Esto será notado y hará buen efecto.

¿Conoció el duque de Orleans las ordenanzas de julio antes de que se publicaran? ¿Fue instruido de ellas por una persona que conocía el secreto del señor Ouvrard? ¿Qué pensó acerca de ellas? ¿Impulsó al señor de Laffitte a hacer lo que hizo, o le dejó hacer solamente? El carácter de Luis Felipe hace presumir que no tomó resolución alguna, y que su timidez política, encerrándose en su falsedad, esperó el acontecimiento como la araña espera a la mosca que ha de coger en su tela. Dejó a la oportunidad que conspirara, y no conspiró él mismo según sus deseos, porque es probable que tuviese miedo.

Dos partidos pudo adoptar el duque de Orleans: el primero, y el más honroso, era correr a Saint-Cloud e interponerse entre Carlos X y el pueblo, a fin de salvar la corona del uno y la libertad del otro: consistía el segundo en lanzarse a las barricadas, con la bandera tricolor en la mano, y ponerse a la cabeza del movimiento del mundo. Luis Felipe debía escoger entre el papel de hombre honrado y el de gran hombre: ha preferido escamotear la corona del rey y la libertad del pueblo.

Una vez apoderado de la rica presa, han venido la corrupción del antiguo régimen; la de esos ocultadores de efectos robados, escarabajos inmundos medio aplastados cien veces sobre el pavimento, y que viven aún. Sin embargo, estos son los hombres a quienes se pondera, y cuya habilidad se ensalza. De otra manera pensaba Milton al escribir este pasaje de una carta sublime: «Si Dios depositó alguna vez en el corazón del hombre un amor indestructible a la belleza moral, lo ha depositado en el mío. En cualquier parte que yo encuentre a un ser que desprecie la falsa estimación del vulgo, que ose aspirar, por sus sentimientos, su lenguaje y su conducta, a lo más excelente que nos enseñó la sabiduría de las edades, yo me uno a este hombre por una especie de adhesión de que no puedo prescindir. No hay ya poder en el cielo ni en la tierra que me pueda impedir contemplar con respeto y con ternura a los que han llegado a la cúspide de la dignidad y de la virtud.»

A consecuencia de ciertas noticias que le llevó a Neuilly la señora de Bondy, Luis Felipe se levantó a las tres de la mañana, retirándose a un lugar conocido únicamente de su familia.

He dicho que en la mañana del 30 de julio no encontró el señor Thiers al duque de Orleans en Neuilly; pero que la duquesa de Orleans mandó llamar a S. A. R. El conde Anatolio de Montesquiou fué encargado del mensaje. Una vez en Raincy, el señor de Montesquiou hubo de vencer todas las dificultades del mundo para determinar a Luis Felipe a volver a Neuilly y esperar allí la diputación de la Cámara de Diputados.

En fin, persuadido por el gentilhomme de la duquesa de Orleans, Luis Felipe subió en un carruaje. El señor de Montesquiou marchó delante muy de prisa; pero cuando volvió la vista atrás, vió que se detenía el carruaje de S. A. R., retrocediendo de nuevo hacia Raincy. El señor de Montesquiou volvió apresuradamente, y suplicó a la futura majestad, que corría a ocultarse en el desierto, como los ilustres cristianos hufan en otro tiempo la pesada dignidad del episcopado: el fiel servidor pudo, al fin, conseguir una victoria, aunque malhadada.

La diputación, compuesta de los miembros de la Cámara de Diputados, que debía ofrecer la lugartenencia general del reino al príncipe, le envió el 30 por la tarde un mensaje a Neuilly. Luis Felipe

recibió el mensaje en la verja del parque, lo leyó a la luz de una antorcha, y se puso inmediatamente en camino para París, acompañado de los señores de Berthois, Haymés y Oudart. Llevaba en el ojal una escarapela tricolor, e iba a recoger una vieja corona en el guardarropa real.

A su llegada al palacio real, Luis Felipe envió a cumplimentar al señor de La Fayette.

La diputación de los doce se presentó en el palacio, preguntando al príncipe si aceptaba la lugartenencia general del reino. Este le respondió con visible embarazo: «Estoy entre vosotros para participar de vuestros peligros... Necesito reflexionar, y consultar a varias personas. Las disposiciones de Saint-Cloud no son hostiles, y la presencia del monarca me impone ciertos deberes.» Tal fué la respuesta de Luis Felipe. Se disiparon sus objeciones y sus dudas, como él esperaba, y después de haberse retirado por espacio de media hora, volvió con una proclama, aceptando las funciones de lugarteniente general del reino, y la cual acababa con esta declaración: «La Carta será, en adelante, una verdad.»

Al leerse en la Cámara Electiva, la proclama fué recibida con un gran entusiasmo revolucionario, y se contestó a ella con otra redactada por el señor Guizot. Los diputados volvieron al palacio real; el príncipe se enterneció, ratificó la aceptación, y no pudo menos que derramar unas cuantas lágrimas sobre la deplorable situación que le obligaba a ser lugarteniente general del reino.

La República, aturrida por los golpes que había recibido, trataba de defenderse; pero su verdadero jefe, el general La Fayette, la había casi abandonado. Este se complacía en el concierto de adoraciones de que le hacían objeto, aspiraba el perfume de las revoluciones, encantábase la idea de que era el árbitro de la suerte de Francia, y que podía, dando un golpe con el pie en la tierra, hacer salir de ella, a su antojo, una república o una monarquía, y se adormecía en esa incertidumbre que tanto agrada a los espíritus que temen las conclusiones, porque el instinto les advierte que dejan de ser algo cuando los hechos se han verificado.

Los demás jefes republicanos se habían perdido de antemano por diversas fechorías: el elogio del terror recordan-

do a los franceses el año de 1793, les hizo retroceder. El restablecimiento de la guardia nacional mataba, al mismo tiempo, en los combatientes de julio, el principio o el poder de la insurrección. El señor de La Fayette no advirtió que, al dejar atrás la República, había armado contra ella tres millones de gendarmes.

Como quiera que sea, avergonzados de haber sido burlados tan pronto, los jóvenes trataron de hacer alguna resistencia. Contestaron, pues, con proclamas y carteles a las proclamas y carteles del duque de Orleans, diciendo en ellas que si los diputados se habían humillado a suplicarle que aceptara la lugartenencia general del reino, la Cámara de los Diputados, nombrada por una ley aristocrática, no tenía derecho para constituirse en órgano de la voluntad del pueblo. Se probaba a Luis Felipe que era hijo de Luis Felipe José; éste, hijo de Luis Felipe; Luis Felipe, hijo de Luis, que, a su vez, era hijo de Felipe II, regente; que Felipe II era hijo de Felipe I, hermano de Luis XIV: luego Luis Felipe de Orleans era *Borbón* y *Capeto*, y no *Valois*. El señor de Laffitte continuaba, no obstante, mirándole como de la estirpe de Carlos IX y de Enrique III, y decía: «Thiers sabe eso».

Poco después, la reunión Lointier declaró que la nación estaba armada para sostener sus derechos por la fuerza. El comité central del duodécimo distrito, dijo que el pueblo no había sido consultado sobre la forma de su constitución; que la Cámara de los Diputados y la Cámara de los Pares, habiendo recibido sus poderes de Carlos X, habían cesado con él; y, por lo tanto, no podían representar a la nación; que el duodécimo distrito no reconocía la lugartenencia general, y que el gobierno provisional debía continuar, bajo la presidencia de La Fayette, hasta que se discutiera y fijara como base del nuevo gobierno, otra constitución.

El 30 por la mañana se trataba de proclamar la República. Algunos hombres decididos amenazaban con asesinar a la comisión municipal si no conservaba el poder. Se quejaban también de la audacia de la Cámara de los Pares. ¡La audacia de la Cámara de los Pares! Indudablemente éste era el último ultraje que podía esperar sufrir de la opinión.

Se formó un proyecto desesperado.

Veinte jóvenes de los más ardientes irían a emboscarse en una callejuela que da al muelle de la Ferraille y hacer fuego sobre Luis Felipe cuando se dirigiera del palacio real al Hôtel de Ville. Pero pudo detenerseles, haciéndoles presente que matarían al mismo tiempo a Laffitte, a Pajol y a Benjamín Constant. Por último, se quería robar al duque de Orleans y embarcarlo en Cherburgo. ¡Extraño encuentro el de Carlos X y Luis Felipe, si se hubieran vuelto a hallar en el mismo puerto y sobre un mismo navío, despachado el uno a las playas extranjeras por los ciudadanos, y el otro por los republicanos!

Habiendo adoptado Luis Felipe el partido de ir a hacer confirmar su título por los tribunos del Hôtel de Ville, bajó al palacio real, rodeado de ochenta y nueve diputados, unos con gorras, con sombreros redondos otros, de frac éstos, de levita aquéllos. El candidato real montaba un caballo blanco, seguido de Benjamín Constant en una silla de manos, llevada por dos saboyanos. Los señores Mechin y Viennet, cubiertos de sudor y de polvo, marchaban entre el caballo blanco del monarca futuro y la silla del diputado gotoso, disputando con los dos mozos de cordel para que guardasen las distancias de ordenanza. Un tambor medio ebrio tocaba marcha a la cabeza de la comitiva. Cuatro alguaciles servían de liectores. Los diputados más celosos gritaban: ¡viva el duque de Orleans! En las inmediaciones del palacio real estos gritos fueron un poco correspondidos; pero a medida que se avanzaba hacia el Hôtel de Ville, los espectadores se burlaban del acompañamiento o guardaban silencio. El duque de Orleans se deshacía en cumplimientos desde su caballo de triunfo, poniéndose bajo el escudo del señor de Laffitte, de quien, en el tránsito, obtuvo algunas palabras de protección. Sonreía al general Gerard; hacía señales de inteligencia al señor Viennet y al señor Mechin; mendigaba la corona, pidiéndola al pueblo con su sombrero adornado de una cinta tricolor, y alargando la mano para que se la diesen. La monarquía ambulante llegó a la plaza de Grève, y allí fué saludada con gritos de ¡viva la República!

Cuando la real materia electoral penetró en el Hôtel de Ville, el postulante fué recibido con murmullos mucho más amenazadores: algunos diputados celo-

sos que proclamaban su nombre fueron maltratados. Entró en la sala del trono, donde se agrupaban los heridos y los combatientes de los tres días, y una exclamación general: ¡No más Borbones! ¡Viva La Fayette!, hizo conmovér las bóvedas de la sala. El príncipe se mostró turbado. El señor Viennet leyó en alta voz, por el señor de Laffitte, la declaración de los diputados, siendo escuchada con un profundo silencio. El duque de Orleans pronunció algunas frases de adhesión. Entonces el señor Dubourg dijo bruscamente a Luis Felipe: «Acabáis de contraer grandes compromisos. Si alguna vez llegáis a faltar a ellos, somos gentes capaces de recordároslos.» El futuro rey contestó conmovido: «Caballero, yo soy hombre honrado.» El señor de La Fayette, viendo la incertidumbre de la asamblea, pensó súbitamente en abdicar la presidencia: dió al duque de Orleans una bandera tricolor; se adelantó hacia el Hôtel de Ville, abrazando al príncipe a los ojos de la multitud sorprendida, mientras que éste agitaba la bandera nacional. El beso republicano de La Fayette hizo un rey.

Y después, la litera de Benjamín Constant y el caballo blanco de Luis Felipe volvieron medio silbados y medio bendecidos, de la fábrica política de la Grève al palacio Marchand. «Aquel mismo día — dice también Luis Blanc (31 de julio)—, no lejos del Hôtel de Ville, una barca, colocada en lo hondo de la Morgue, recibía los cadáveres conducidos en angarillas. Estos cadáveres se amontonaban unos sobre otros, cubriéndolos con paja, operación que contemplaba en silencio la multitud, reunida a lo largo de los malecones del Sena.»

Felipe no había llegado todavía a la última de sus pruebas; tenía aún que estrechar muchas manos, que recibir muchos cumplimientos, que enviar muchos besos, que saludar muy rendidamente a los transeuntes, y que ir muchas veces a cantar la *Marsellesa* al balcón de las Tullerías.

El 31 por la mañana se reunió un cierto número de republicanos en la redacción de *El Nacional*. Al saber que se había nombrado al duque de Orleans lugarteniente general, quisieron conocer las opiniones del hombre que, a su pesar, estaba destinado a llegar a ser su soberano. Eran los señores Bastide, Thomas, Joubert, Cavaignac, Marchais, Degousée

y Guinard, los cuales fueron conducidos al palacio real por el señor Thiers. El príncipe dijo en esta ocasión cosas muy hermosas sobre la libertad: «No sois aún rey — replicó Bastide—, y podéis escuchar la verdad; muy pronto no os faltarán aduladores. Vuestro padre — prosiguió — es regicida como el mío, y esto os separa un poco de los demás.» Entonces hubo congratulaciones mutuas sobre el regicidio; aunque con la juiciosa observación de Felipe, de que hay cosas cuyo recuerdo debe conservarse, pero no imitarlas.

Algunos republicanos que no eran de la reunión de *El Nacional*, llegaron también hasta Luis Felipe. El señor Trelat le dijo: «El pueblo es soberano; vuestras funciones son provisionales; es preciso que el pueblo exprese su voluntad: ¿queréis consultarle? ¿Sí, o no?»

El señor Thiers, poniendo la mano sobre el hombro del señor Thomas, interrumpió este discurso peligroso: «Monseñor, ¿no es éste un elegante coronel?» «Ciertamente sí», respondió Luis Felipe. «¿Qué es lo que se dice? — exclamaron algunos—, ¿se nos toma por un rebaño que viene a venderse?» Y por todas partes se escucharon estas palabras contradictorias: «Esta es la torre de Babel. ¿Y se llama a esto un rey ciudadano? ¡La República! Gobernad, pues, con los republicanos.» Y el señor Thiers exclamó: «¡He salido con una buena embajada!»

A Enrique IV, no católico, se le hacían objeciones que no le rebajaban, y que estaban a la altura del trono: se le representaba «que San Luis no había sido canonizado en Génova, sino en Roma; que si el rey no era católico, no podría ocupar el primer lugar entre los reyes de la cristiandad; que no estaba bien que el rey rezara de una manera y su pueblo de otra; y, por último, que el monarca no podía ser consagrado en Reims, ni enterrado en Saint-Denis, si no era católico.»

¿Qué se objetaba a Felipe antes de hacerle pasar por el último escrutinio? Que no era bastante patriota.

Hoy, que la revolución está consumada, se cree ofendido si se atreven recordarle lo que pasó en el punto de partida; se teme disminuir la solidez de la posición que ha tomado, y cualquiera que no encuentre en el origen del hecho la gravedad del hecho consumado, es un detractor.

Cuando bajaba una paloma a llevar a Clovis el óleo santo; cuando los reyes de larga cabellera eran levantados sobre un pavés; cuando San Luis temblaba por su juventud prematura, y pronunciaba en su consagración el juramento de no emplear su autoridad más que en el servicio de la mayor gloria de Dios y del bien de su pueblo; cuando Enrique IV, después de entrar en París, fué a prosternarse a la iglesia de Nuestra Señora; cuando se vió o se creyó ver a su derecha un hermoso niño que le defendía, y al cual tomaron por su ángel guardián, concibo que la diadema fuese sagrada; el oriflama coronaba los tabernáculos del cielo. Pero después que un soberano, con los cabellos cortados y las manos atadas a la espalda ha encorvado su cabeza en una plaza pública bajo la cuchilla, al sonido del tambor; después que otro soberano ha ido, rodeado del populacho, a mendigar votos para su elección, al ruido del mismo tambor, sobre otra plaza pública, ¿quién puede sentir la menor ilusión hacia la corona? ¿Quién cree que el trono, herido y mancillado, puede imponer aún al mundo? ¿Qué hombre, que sienta latir un poco su corazón, aceptaría el poder en el cáliz de afrenta y disgusto que, sin provocar, ha vaciado Felipe de un solo sorbo? La monarquía europea habría podido continuar su vida si se hubiese conservado la monarquía madre, hija de un santo y de un grande hombre; pero se han esparcido las simientes, y no volverá a renacer.

EL REY DEJA A SAINT-CLOUD. — LLEGADA DE MADAMA LA DELFINA A TRIANÓN. — EL CUERPO DIPLOMÁTICO. — RAMBOUILLET. — APERTURA DE LA LEGISLATURA EL 3 DE AGOSTO.—CARTA DE CARLOS X AL DUQUE DE ORLEANS.

Acabáis de ver el reinado de la Grève avanzar, humeante de pólvora y sin aliento, bajo la bandera tricolor, en medio de sus insolentes amigos; vais a ver al reinado de Reims retirarse a pasos medidos en medio de sus limosneros y de sus guardias, caminando con toda la exactitud de la etiqueta, no oyendo una palabra que no fuera una palabra de respeto, y reverenciado hasta de los mismos que lo detestaban. El soldado, que tan poco lo estimaba, se hacía matar por él. La bandera blanca colocada sobre el féretro de la monarquía legítima, antes